

## América Latina en los planes del Pentágono

Antonio Cavalla Rojas

En lo que va transcurrido del año, la atención de la opinión pública respecto a Estados Unidos ha sido absorbida por el desarrollo de la campaña electoral de ese país. Ello ha impedido que trascienda la readecuación estratégica que la burocracia permanente del Departamento de Defensa de Estados Unidos (el Pentágono) está implementando a partir de las lecciones que les han dejado las revoluciones que han derrotado a dos de sus aliados preferentes e históricos: el sha Pahlevi en Irán y el tirano Anastasio Somoza en Nicaragua. Una revisión de las principales revistas oficiales y de los artículos y entrevistas publicados por altos funcionarios de la "comunidad de seguridad nacional" permite formarse una opinión de las medidas que se proponen en esta rearticulación en marcha para América Latina, las que gravitarán enormemente en el desarrollo de los procesos nacionales de nuestros países.

¿Cuáles son, en síntesis, las propuestas que se formulan para defender los "intereses estadounidenses en el sur"? Se plantea que las relaciones militares entre Estados Unidos y América Latina se han vuelto anacrónicas y que se trata ahora de elaborar nuevas bases para una relación bilateral que ligue más estrechamente los supuestos intereses comunes entre ambas partes. Se sugiere dar mayor responsabilidad a los militares latinoamericanos en la definición de la política hemisférica y los problemas militares, buscar una participación mayor de los "poderes regionales" en la defensa continental e "incrementar la participación" de los líderes militares latinoamericanos en la valoración de las "amenazas" en la región y en el diseño de las formas de enfrentarlas.

Estas proposiciones van acompañadas de medidas muy concretas: dotar a las fuerzas armadas latinoamericanas de armas modernas, incluyendo las de tecnología avanzada y al día, estimular el desarrollo de más sistemas defensivos en la región, asesorar a los establecimientos militares en apoyo logístico, mantenimiento, planeamiento y diversas actividades de estado mayor e invitar a oficiales y cadetes a participar en las escuelas de Estados Unidos al mismo nivel que los participantes estadounidenses.

No puede escapar a los demócratas latinoamericanos el significado de tales propuestas. Cuando las fuerzas del comandante Fidel Castro derrotaron al ejército batistiano y empezaron su revolución socialista, los estrategas estadounidenses estaban implementando la doctrina de la "reacción flexible". En lo que a América Latina respecta, se trataba de entender que habría ocasiones en las que —por consideraciones de política interna e internacional— serían difíciles nuevas invasiones como en el tiempo de las cañoneras. Para enfrentar a la "insurrección comunista" era preciso idear un escalón nativo de la reacción, que hiciera remota la posibilidad de una intervención militar directa. Y así se privilegió la "ayuda y el adiestramiento" a las fuerzas latinoamericanas. Ejércitos adoctrinados en el antisocialismo, preparados para enfrentar fuerzas irregulares guerrilleras, dotadas de armamentos adecuados para las faenas antisubversivas, fue lo que se buscó y logró construir. Y cuando las "fuerzas nativas" o sectores de ellas dejaron de luchar por los intereses estadounidenses y se plantearon reivindicaciones propias de sus pueblos —como en República Dominicana— la flexibilidad de la reacción preveía la invasión directa.

Veinte años después, las fuerzas democráticas nicaragüenses derrotan militarmente al "escalón nativo", adiestrado y apertrechado para la guerra contrainsurgente. Se concluye ahora que el Sistema Interamericano de Defensa y las actuales relaciones de las fuerzas armadas estadounidenses con las latinoamericanas se han vuelto anacrónicas *porque están a un nivel muy bajo*. Se propone *elevarlo*, en todos los planos, cualitativa y cuantitativamente, concediéndole a los "del sur" una parte de las definiciones que antes tomaba Estados Unidos por sí solo en la defensa continental, y entregando los implementos necesarios para que dichas fuerzas armadas asuman en mejores condiciones la defensa de los intereses de Estados Unidos. La reacción flexible sigue vigente. Lo que les descubre Nicaragua es que la fuerza nativa era insuficiente para enfrentar a las masas y a su vanguardia militar. Se propone, por lo tanto, dotarlas de adiestramiento y armamentos modernos y sofisticados que multipliquen su poder de destrucción y comando. Es lo que se hace ahora en El Salvador: se aportan transportes blindados para dotar de alta movilidad a las brigadas de infantería, helicópteros y aviones para eliminar rápidamente los "focos enemigos", aparatos de detección y comunicaciones, armas de diversos tipos, y asesores directos para elevar la capacidad de inteligencia y de mando superior y medio.

La nueva visión estratégica contempla también compartir la "defensa intrahemisférica" con los poderes regionales; esto es, asignar el papel que cumplía antes directamente Estados Unidos en relación a los pequeños países de América Latina y el Caribe, a Colombia, Venezuela, Brasil, Argentina y Chile. Es lo que hacen las fuerzas armadas argentinas en Bolivia, y lo que hacen los militares venezolanos, argentinos y colombianos en El Salvador. Se construye un "segundo escalón" nativo. Y por si éste vuelve a fallar se arma un escalón propio más numeroso y de mejor calidad del que existía, con fuerzas estadounidenses preparadas operativamente para invadir territorio latinoamericano (la *Joint Task Force* de Cayo Hueso, 18 mil soldados, para Centroamérica y el Caribe; la *Rapid Deployment Force*, de la base Mac Dill, Florida, más de 60 mil soldados. . .). Y como la entrega de armas sofisticadas aumenta la capacidad bélica no sólo para destruir al enemigo al interior de América Latina, y se crean escalones intermedios que operarán con autonomía relativa, se propone que los milites latinoamericanos tengan su cuota de responsabilidad en la decisión de los planes de guerra estadounidense en el sur, lo que hace indispensable que sus oficiales se formen en las academias de guerra de Estados Unidos.

Los analistas militares estadounidenses se niegan a aprender de la historia. Después de Cuba, privilegiaron su alianza con las instituciones castrenses y confiaron en que la técnica y el nuevo armamento vencerían a los pueblos. Luego de Nicaragua, plantean algo parecido, a más alto nivel, como si nada hubiera ocurrido en Vietnam o en Irán. Entretanto, crece el sentimiento antiestadunidense entre las masas de nuestros países, que sí aprenden de la historia, acumulan fuerzas, combinan y enriquecen formas de lucha diversas, para enfrentar con éxito a todo aquel que se oponga a su voluntad de independencia, autonomía nacional, justicia y democracia.